

MIEDO, RAZA Y NACIÓN: BELLO, LASTARRIA Y LA REVISIÓN DEL PASADO COLONIAL

Mariselle Meléndez

Dept. of Foreign Languages & Literatures. Purdue University

El ensayo en la época decimonónica representó el espacio discursivo por excelencia donde el pasado colonial fue reformulado de variadas e inimaginables maneras. En estos escritos se manifestó una continua recuperación del pasado colonial que fluctuaba entre la evasión y la reconciliación. El pasado se vislumbró como una pérdida necesaria pero, a la vez, una pérdida que se hacía presente en toda forma de articular el presente y el futuro. El pasado se convirtió en la producción literaria decimonónica en un centro generador que no cesaba de reconocer su continua dependencia. Desde la negación (Lizardi, Sarmiento), a una posible reconciliación (José Camilo Torres, Bello, Hostos) hasta la necesidad de recuperación (Martí, Rodó, Montalvo), el pasado no deja de asecharlos. Tulio Halperín Donghi nos recuerda que las miras hacia el futuro de aquellos quienes lucharon por la independencia discursiva y militarmente, no pudieron desprenderse del pesado legado del colonialismo (74). La violencia que trajo las guerras de independencia dio lugar a una nostálgica reevaluación del pasado colonial que se expresó de distintas formas: desde la evocación de una naturaleza paradisíaca, el reclamo de una hermandad política a la exaltación y obliteración de las diferencias raciales¹.

El género ensayístico por su hibridez discursiva le ofreció al escritor decimonónico un espacio flexible desde el cual articular una imagen del período de la preindependencia. El ensayo podía tomar la forma de una carta, una confesión, una conferencia, una oración o un artículo científico, periodístico o sociológico. Dentro de un género literario al cual equivocadamente se ha hecho sinónimo de la claridad, existió una compleja red discursiva cuya pasión creativa y estética corría a la par de la

¹Esteban Echevarría recoge en el *Dogma socialista* la dificultad de desprenderse de ese pasado: “errantes y proscriptos andamos como la prole de Israel en busca de la tierra prometida... nuestro suplicio es el suplicio de Tántalo: deseamos y no podemos realizar: nuestro amor a la libertad es una quimera... estamos en la edad y nos sentimos con fuerza bastante para vestir la toga viril...” (125).

poesía y la novela. Uno de los aspectos más importantes para entender las intenciones presentes en los ensayos decimonónicos es prestar atención a su carácter retórico, a su faceta persuasiva. Lo anterior nos libera de recurrir a una interpretación tradicional del género ensayístico basada en un discurso que sólo es capaz de reclamar “verdad y conocimiento”². Como señala Theodor W. Adorno, la función retórica del ensayo no es meramente transmitir las ideas del ensayista sino sugerir e inducir una experiencia en el pensamiento del lector (169). El ensayo instiga a pensar dialécticamente. Se destaca por su carácter crítico y creativo (Adorno 168). Es en su elemento narrativo, en su andamiaje retórico y poético, y en su autoconstitución ficcional, como apunta Roberto González-Echevarría, donde el ensayo cobra mayor lucidez (15)³.

Partiendo de la faceta persuasiva y el carácter crítico del ensayo, el siguiente trabajo analiza la reevaluación del pasado colonial que realizan dos de los ensayistas decimonónicos más destacados de la época: José Victorino Lastarria y Andrés Bello. Se exploran las ambigüedades y contradicciones que caracterizan sus posturas hacia el pasado colonial en la medida en que el elemento racial constituye una amenaza y un elemento desestabilizador en los proyectos políticos nacionales. Se examina cómo la articulación retórica de la otredad y del pasado está gobernada por el elemento del miedo. Un miedo que incita a la negación del pasado (Bello) o al temor de configurar el presente (Lastarria). El propósito es ilustrar que la revisión del pasado colonial en el siglo XIX, surge como producto del miedo a la fragmentación y el caos que habían originado las violentas luchas de la Independencia y a la necesidad de persuadir al lector/ciudadano de que tal fragmentación podría ser evitada por medio de la construcción de la historia nacional.

²Carlos Alonso ha aludido a la tendencia de la crítica a tomar la transparencia e inmediatez del ensayo como algo dado, ignorando su faceta estética (“*Rama y sus retoños...*” 283). Es necesario llamar la atención a la falta de estudios críticos sobre el género ensayístico y específicamente sobre la ensayística hispanoamericana. La falta de estudios acentúa la visión tradicional de la crítica al utilizarlos como material histórico. La mayoría de los estudios con relación al ensayo no pasan a ser más que antologías preparadas temáticamente o biografías generales sobre sus autores. Algunos estudios sobre el tema: Teodosio Fernández, *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*; José Miguel Oviedo, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*; Carlos Ripoll, *Conciencia intelectual de América. Antología del ensayo hispanoamericano (1836-1959)*; Antonio Sacoto, *El indio en el ensayo de la América española y De el ensayo hispanoamericano del siglo XIX*; y John Skirius, *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*.

³Un vistazo a los escritos de José Cecilio del Valle, Bello, Lastarria, Del Monte, Sarmiento, Bolívar, Hostos, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Clorinda Matto de Turner y José Martí, entre otros, corroboran lo antes señalado.

LA POLÉMICA SOBRE LA HISTORIA Y EL PASADO COLONIAL

En el 1844, José Victorino Lastarria presenta frente a la Universidad de Chile una memoria titulada “Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile”. La composición como producto de un encargo de Andrés Bello produce una serie de discusiones que toman lugar entre 1844 y 1848 en relación a los modos de escribir y de enseñar la historia nacional. Bello sostenía que la historia se aprendía analíticamente por medio del aprendizaje de nombres y memorización de hechos. Lastarria, acérrimo opositor de este tipo de acercamiento histórico argüía, que la enseñanza histórica debía realizarse por ilustraciones filosóficas y no por la memorización de hechos. Los críticos han llamado a estas discusiones la “polémica de la historia” (Fuchslocher 63)⁴. No es mi interés en este trabajo discutir los diferentes ensayos que tomaron parte en esa polémica. Sin embargo, me concentraré en el ensayo iniciador de ella y redactado por Lastarria, y el ensayo crítico de Bello que responde directamente a éste y que publica en *El Araucano* en noviembre de 1844 utilizando el mismo título de Lastarria “Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile”⁵.

El elemento crítico y el persuasivo son dos de los signos característicos del ensayo redactado por Lastarria. A pesar que Lastarria comienza su ensayo afirmando que su propósito es presentar una memoria sobre “los hechos notables de la historia de Chile” y que para ello se apoyará en “documentos auténticos” y será “imparcial”, el autor se vale de diversas estrategias narrativas en las que se destaca un persistente carácter persuasivo. Lastarria deja establecidas las conexiones que deben existir entre la

⁴Para entender el porqué Bello encarga a Lastarria su ensayo es necesario remontarse a la aparición en 1842 del artículo 28 de la ley orgánica de la Universidad de Chile. La ley establecía que cada año la facultad debería reunirse para pronunciar un discurso donde se destacaran algunos de los acontecimientos más importantes de la historia de Chile. Se pautaba que las discusiones estuvieran abiertas al público. Lo que comenzó como una invitación para inaugurar esta práctica universitaria se convierte en el origen de una serie de desavenencias entre los intelectuales en la esfera chilena, quienes básicamente se dividen entre la ideas sostenidas por Lastarria vis a vis las de Bello.

Luz María Fuchslocher Arancibia comenta que cuando Bello le pide a Lastarria que se encargue de la primera memoria a leerse en la universidad, ya Bello conocía la discrepancia de Lastarria frente a su modo de ver la historia. Fuchslocher añade que Bello teniendo conocimiento de ello, no le cuesta otro remedio que invitar a Lastarria porque ya sus ideas “se habían popularizado” entre los estudiantes (64). El ensayo de Fuchslocher ofrece una idea completa de los distintos artículos que se publicaron por parte de Bello y Lastarria con relación a tal polémica.

⁵Andrés Bello recoge el artículo y lo publica en 1850 en su compilación de *Opúsculos literarios y críticos, aparecidos en diversos periódicos desde 1834 hasta 1849*.

universidad como el espacio apropiado y debido para “dirigir el desarrollo de la civilización” (18) y el futuro de la nación⁶. Él enfatiza que si no se analiza la historia “no habrá unidad” y “desaparecerá para siempre la experiencia y espíritu de las épocas” (19). Desde el inicio se deja claro los enlaces que existen entre nación, educación y civilización. La nación moderna como “resultado histórico” se valdrá de esa misma historia para mirar hacia el futuro (Renan 11). Si el pasado y el presente según Ernest Renan, son los dos principios que constituyen la nación, y en ésta el pasado consiste en un “rico legado de memorias” que son comunes a sus integrantes (19)⁷, habría que cuestionarse quién decide lo que es común al resto de los habitantes y qué se rescata de ese pasado. Aquí yace la médula de la disputa entre Lastarria y Bello.

José Victorino Lastarria decide buscar en “el depósito sagrado de los siglos” (historia) sacando de ella “la tiniebla o la luz” para indagar cómo la influencia del pasado colonial ha detenido el progreso de la república chilena (22, 25). Según el autor, la historia debía ser concebida como “ciencia de los hechos”, la cual desprende “una sabiduría profunda que la experiencia de los siglos ha ilustrado” (24). Es imprescindible penetrar en ella con la filosofía para entender las “consecuencias funestas” del pasado y para que el hombre actúe con “soberanía y juicio de voluntad” (21). Conocer el pasado equivale a conocer el espíritu del pueblo. La historia adquiere para Lastarria un sentido epistemológico. Si se descu-

⁶Aunque Lastarria únicamente leyó a la Facultad la introducción de su ensayo, en términos de mi trabajo tomaré en consideración el documento en su totalidad. Aparte de la “Introducción” el ensayo estaba compuesto de ocho secciones: “Carácter de la conquista de Chile i su influencia social”, “Idea del sistema colonial español”, “Consideraciones jenerales sobre la influencia del sistema colonial de Chile”, “Influencia social del sistema político colonial”, “Influencia del sistema colonial en la condición social de los chilenos”, “Influencia del sistema colonial en la industria de Chile”, “Investigaciones sobre la influencia del sistema colonial en las costumbres privadas i en el carácter de los chilenos”, y “Algunas ideas sobre la influencia social española en la revolución de la independencia”.

⁷Renan insiste en que lo que más influye y perdura en la nación es el hecho de compartir un pasado compuesto de grandes hazañas y sufrimientos que hayan afectado al país. Según él, el sufrimiento y la esperanza es lo que en realidad hace posible la cohesión de la nación y el que prevalezca sobre toda diferencia racial y lingüística (19). Lo que no cuestiona Renan es que ese mismo acto de decidir cuáles son las experiencias comunes que constituyen ese sentimiento nacional siempre son conscientemente seleccionadas por un determinado grupo de la sociedad que insiste en convertirlas en parte del programa nacional. Estas selecciones comúnmente se han hecho por la imposición de un grupo racial y el deseo de privilegiar una lengua sobre otras. Como arguye Benedict Anderson: la nación, la nacionalidad y el nacionalismo son artefactos culturales imaginados, especialmente, porque a pesar de las diferentes desigualdades y explotaciones que existen entre los integrantes de la “comunidad” siempre se insiste en concebirla como una “profunda y horizontal camaradería” (Anderson, 15-6).

bren los hechos que conectan al pasado con el presente (conquista e independencia) se comprenderá por qué la sociedad chilena “debe su origen i su educación a aquel gran suceso histórico” (29).

La insistencia de Lastarria en estudiar la Conquista es el primer aspecto que le preocupa a Bello. Bello insiste que al escoger la Conquista y no hablar de los hombres envueltos en los acontecimientos de la Independencia, Lastarria comete el error de olvidarse del interés que tiene el pueblo en los hombres del presente. Bello añade que desarrollándose todavía la revolución chilena “no estamos en el caso de hacer su historia filosófica, sino en el de discutir y acumular datos... para transmitirlos con nuestra opinión y con el resultado de nuestros estudios críticos a otra generación que poseerá el verdadero criterio histórico” (158). En la crítica que le hace Bello a Lastarria la preocupación parece residir en la cuestión del pasado versus el presente. La noción de recuperación versus la de olvido. Para Bello es preferible enfocarse en el presente de la Independencia, sus héroes y batallas, que en un pasado que ya está hecho. Bello insiste que “la historia que embelesa es la de los contemporáneos... la que ha sido escrita por los actores mismos de los hechos que se narran... ella es la más auténtica, la más digna de fe” (160). En su proyecto sobre el futuro americano, Bello entiende que la Independencia y su recopilación histórica debe efectuarse ahora, antes que sus protagonistas mueran y otros tengan que narrar sus hechos. Bello acusa a Lastarria de no querer escribir sobre la historia de la Independencia por el temor que siente a escribir o a enfrentarse al presente: “me ha arredrado, os lo confieso, el temor de no ser fiel y completamente imparcial en mis investigaciones” (Lastarria 157). Bello le riposta: “Ni son las memorias contemporáneas o autógrafas tan estériles de provechosa enseñanza, como parece pensar el señor Lastarria... Si las memorias contemporáneas provocan reclamaciones, tanto mejor. La posteridad podrá sacar de la oposición de testimonios la verdad, y reducirlo todo a su justo valor” (160). El comienzo de la historia de las nacientes repúblicas hispanoamericanas debía residir según Bello, en el evento de la Independencia. En él debía radicar la historia de la nación. El pasado colonial no tenía cabida dentro del proyecto fundacional. Tras su denuncia a Lastarria sobre no confrontar el presente, Bello esconde su propio temor de reconocer que el presente es una prolongación del pasado colonial.

Existe otro aspecto que le preocupa a Bello y es el problema que la verdad de los hechos vividos en la Independencia caiga en manos de la tradición oral. Según él, “si no se escribe la historia por los contemporáneos, será necesario que las generaciones venideras lo hagan sobre tradiciones orales adulteradas (porque nada se desfigura y vicia tan pronto como la tradición oral), sobre artículos de gacetas, efusiones

apasionadas de bandos políticos, producto de las primeras impresiones, y sobre documentos oficiales áridos, y de veracidad frecuentemente sospechosa” (160-162). Ninguna de esas fuentes son capaces de responder a la verdad de la situación, el rol de la historia. Bello parece caer en la trampa de su propia aseveración cuando no discute el hecho de que el mismo protagonista de los hechos puede ser más subjetivo que el que los analiza. A lo que Bello teme es a futuras interpretaciones de la Independencia que no coincidan con la imagen de una nación preparada y capacitada para entrar a la modernidad. Teme a que se ponga en duda la efectividad de la supuesta consolidación nacional. Desde su perspectiva, la universidad era concebida como el espacio indicado para articular la historia de la nación y evitar una posible tergiversación de los hechos. La universidad se convierte para Bello en un espacio de producción cultural donde, como arguye Julio Ramos, se “reclama[ba] legitimidad en términos de la consolidación y mantenimiento del Estado nacional” (40)⁸. Sin embargo, ¿qué visión de la Conquista recoge Lastarria y que Bello prefiere ignorar?

La lucha de la Conquista pasa a ser descrita por Lastarria como una violación contra la naturaleza americana y sus habitantes. Lastarria destaca cómo los “vastos y risueños campos del continente de Colón” y los “fecundos valles de nuestro Chile” se vieron asechados por los españoles y su empeño en establecer su superioridad (35-6). La Conquista trajo como consecuencia que el pueblo sólo estuviera organizado para la guerra faltándole como apunta Lastarria: “las comodidades de la vida doméstica, los beneficios de la industria” (42). Lastarria concluye que el pueblo chileno “antes de ser industrioso fué guerrero” lo que hizo del chileno un ser triste y sombrío (42).

El abuso que retrata Lastarria con relación al comportamiento de los españoles, es uno de los aspectos que le llaman la atención a Bello. El venezolano contradice a Lastarria y le recuerda que los españoles abusaron de su poder no con impudencia sino con “el mismo miramiento a la humanidad, con el mismo respeto al derecho de gentes, que los estados poderosos han manifestado siempre en sus relaciones con los débiles” (162). Bello insinúa que los abusos fueron parte de un proceso por el cual

⁸La noción de la institución universitaria como uno de los espacios de producción cultural la tomo prestada de Pierre Bourdieu. Bourdieu postula que el campo de producción cultural se refiere al particular mundo social considerado tradicionalmente como la república de las letras (140). Bourdieu argumenta que las estructuras mentales en sociedades donde el “escribir” es una importancia primaria, son inculcadas por el sistema escolar. Según él, las divisiones de la organización educacional representan la base de formas de clasificación (24).

las naciones imperialistas realizaban sus metas. Por lo tanto, los españoles no actuaron con descaro o desvergüenza (impudencia), sino de acuerdo con la política de descubrir y de conquistar. En su resistencia a explicar el pasado, Bello solamente esconde su pasión por otra variante de él y por rescatar una herencia española que fue sinónimo de poder y civilización. A su vez, su discurso participa de las contradicciones que caracterizan al discurso nacional en su relación con el pasado. Como observa Ernest Renan, la esencia de la nación no consiste únicamente en que todos los individuos tengan muchos elementos en común, sino también que olviden muchas cosas (11).

El carácter legalista de la Conquista constituye otra preocupación importante en la revisión del pasado que emprende el escritor. Lastarria arguye que el carácter de los habitantes se afectó más aún por las leyes arbitrarias que estableció el poder absoluto del Rey. Leyes que nunca llegaban por la distancia o cuando llegaban no tenían vigencia. El establecimiento de leyes añadió otro problema a los habitantes: la constante dependencia. Lastarria observa que las leyes españolas estaban guiadas por un solo pensamiento: “tal era el de mantener siempre a la América en una ciega dependencia de la España, para explotarla exclusivamente, a costa de la subsistencia misma i del desarrollo de las colonias, i para sacar de su posesión todas las ventajas posibles” (50-51). El peor de los casos era que las leyes impedían el desenvolvimiento intelectual y sometían el espíritu a una “perfecta esclavitud” (53). Lo que produjo el sistema legal fue que los pueblos americanos nunca llegaron a desarrollarse, no había organización familiar y nunca hubo una modificación de costumbres. Como Lastarria recalca “el pueblo no estaba formado aun, i ya existían leyes” (64). Todo era imposición sin educación. Lastarria se vale de una metáfora botánica para demostrar cómo Chile es el producto de lo que le inculcaron: “una planta cuyo jérmén prende en el seno de la tierra i se desenvuelve bajo el influjo del clima i su cultivo” (64-5).

El aspecto legal que denuncia Lastarria es otro elemento con el cual Bello no está de acuerdo. Bello no piensa que las leyes influyen en el carácter de los habitantes, sino que “entre las leyes y las costumbres ha habido y habrá siempre una acción recíproca” (166). Las costumbres influyen en las leyes y éstas en las costumbres. Aunque es necesario cuando se establece la ley que el legislador tenga en cuenta los “instintos locales”, lo anterior puede cambiar dependiendo de las costumbres de los habitantes. Por lo tanto, cuando se unen dos pueblos, como en el caso de América y España, lo que antes era un “agregado de partes discordantes” se convierte en “un todo homogéneo” (167). Bello insinúa que lo que las leyes producen es asimilación, la cual es necesaria para que el gobierno funcione. Si los pueblos americanos nunca llegaron a desarrollarse

como arguye Lastarria, se debió a que no fueron capaces de asimilarse y no por las leyes establecidas.

Uno de los aspectos que más le preocupa a Lastarria es el mestizaje. El autor discute el exterminio de la población nativa debido a la opresión que los españoles cometieron en nombre de la religión y las leyes. La reducción de chilenos naturales se produce cuando los pocos indígenas que sobreviven se unen a los españoles y “se confunden con él” (84). El mestizaje, según Lastarria, no produce un cambio positivo en la sociedad, ya que al considerarse a los indígenas y a los negros como seres degradados comienza a concebirse como inferiores a los de sangre mezcladas. El reclamo de su inferioridad garantizaba un poder político-cultural. La visión del “otro” como lo extraño surge en la medida en que la población de color comienza a representar una amenaza al orden social y moral, al mismo tiempo que constituye parte esencial de la sobrevivencia —discursiva y política— del europeo. Los individuos que están al margen de la sociedad clarifican las fronteras establecidas por la clase dominante (Collins, 69). El miedo a la otredad y el involucramiento con el “otro” produce una distancia y a la vez un deseo de dominar para mantener esa distancia (Rose, 77). Según Lastarria, la visión del “otro” como lo extraño o lo inferior, seguía internalizada en el período de la postindependencia. Él afirma que “el mestizo llevaba en su frente la marca de la degradación i de la infamia, su nacimiento le condenaba a la desgracia de ser el paria de la sociedad” (88). Al mestizo le hicieron creer por tanto tiempo que era perverso como sus antecesores y se lo creyó. La nobleza de sangre se convierte en la única manera para lograr cierto poder en la sociedad. La actitud hacia el mestizo por parte de los españoles genera un odio de los primeros hacia los indígenas. Se comienza a negar al ancestro indígena. A Lastarria le interesa demostrar que esa es la causa por la cual aún al de sangre mezclada se le vedara el derecho al aprendizaje de las artes y el comercio. Lo que le impresiona es que aun después de la Independencia, el poder todavía sea reservado y reclamado en las premisas de una supuesta superioridad racial. Para Lastarria, la Independencia nunca fue un movimiento nacional e inclusivo, sino que fue “lenta i progresiva, parcial i no radical, **obra de unos pocos varones ilustres i no nacional**” (133 énfasis mío).

He aquí uno de los aspectos que Bello denuncia más fervientemente. Él arguye que históricamente se ha demostrado que las razas conquistadoras siempre prevalecen sobre la raza nativa, lo cual se debe a su “número comparativo, su vigor moral, y lo más o menos adelantado de su civilización” (167). De acuerdo con Bello, a veces es necesario que un elemento “expulse” o “sofoque” al otro. Aunque él acepta que en América ese proceso no ha culminado, él apunta que “las razas indígenas

desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos transatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser” (168). Bello insinúa que la mezcla racial pronto será asunto acabado, mero recuerdo. Él prefiere apelar a lo que Etienne Balibar ha llamado una “etnicidad ficticia”. Una etnicidad cuyo propósito principal es producir a los habitantes como comunidad nacional y crear un efecto de unidad por virtud de lo que la gente aparenta ante los demás (94). Esa “etnicidad ficticia” no es idéntica con la nación, la patria, pero sin ella la nación aparecería como una abstracción. Como añade Balibar, su patriotismo no se dirigiría a nadie (96). Bello aspira a que el futuro chileno se ampare en esa etnicidad ficticia. Sólo ella será capaz de contener una posible desintegración de una nación en simientes. El temor a confesar que lo anterior es una tarea imposible lo inclina a argumentar que la diversidad racial pronto será asunto acabado.

Bello sugiere que los problemas que existen hoy día provienen del despotismo. Es éste el que ha “bastardeado” la raza y ha atentado contra los “sentimientos generosos” que constituyen los “fenómenos morales de la España y la América Española” (170). Bello concluye que para resolver la incertidumbre sobre el problema de la raza se necesita proceder “analíticamente” a lo que por falta de tiempo y datos él no puede hacer. Al parecer, la diversidad racial es un asunto al que Bello no puede o teme responder debido a su incapacidad de incorporar la diversidad racial dentro de su proyecto nacional. Bello y la burguesía criolla se enfrentaron, como nos recuerda Aníbal González, a la pregunta sobre cómo incorporar las grandes masas indígenas y esclavas a las tareas y destrezas que requerían las nuevas industrias (3). La actitud de los intelectuales decimonónicos ante ese problema fue el intento de simplificar una multiplicidad racial al hablar en términos de la nación y no de sus individuos. Una vez que se intenta elaborar una definición de lo americano en términos raciales comienzan las contradicciones y la falta de explicaciones. En Bolívar se percibe el mejor ejemplo de esa falta de explicación cuando tratando de definir racialmente al americano comenta: “más nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media... nos hallamos en el caso más complicado y extraordinario” (69). La complicación y lo extraordinario de la constitución racial del americano es un aspecto que Bello prefiere no enfrentar, por lo que decide recurrir a una “fijeza de la identidad” que como sugiere Robert J.C. Young, se busca en situaciones de inestabilidad, irrupción de conflicto y cambio (4).

Lastarria destaca las relaciones intrínsecas que existen entre el carácter de los habitantes y su pasado histórico. El escritor comenta que observando el carácter del araucano durante los sucesos de la Conquista y la colonización, se pueden visualizar los “mismos rasgos en todo nuestro pueblo i particularmente en el mestizo” (126). El carácter soberbio, independiente, valeroso, inconstante, disimulado, irritable, poco jovial y taciturno del araucano ha pasado al hombre chileno actual. El sistema colonial español también explica el fanatismo, la intolerancia y el disimulo de las emociones en el pueblo. Lastarria arguye que por todas esas razones se puede afirmar que el colono no tenía consciencia de sí mismo, y por lo tanto “cuán absurdo sería considerar nuestra revolución como un efecto de nuestra civilización i de nuestras costumbres” (129). Él insiste que la guerra de independencia no estaba apoyada por las costumbres, sino que fueron los acontecimientos “extraños” que ocurrieron en España en 1807 (la invasión napoleónica) los que despertaron a los chilenos del “letargo”. En uno de los momentos más relevantes del ensayo Lastarria afirma que a causa del sistema colonial, la revolución de la independencia fue “lenta i progresiva, parcial i no radical, **obra de unos pocos varones ilustres i no nacional**” (133 énfasis mío). Debido a esto Chile o América lucharía sólo por su libertad política y no por romper con el pasado para proclamar su total regeneración. Romper totalmente con el pasado hubiera sido un desastre que hubiera evitado la independencia política: “se habría estrellado en mil resistencias poderosas” (133). Lastarria añade que las costumbres del pueblo chileno son las mismas que se generaron durante la Colonia y que Chile junto con el resto de Hispanoamérica sólo se liberaron de la esclavitud política. Es interesante notar que para Lastarria la noción de libertad es ambivalente y ésta se debe a que romper con el pasado, al menos hasta el suceso de la Independencia, es imposible.

Lastarria concluye su ensayo afirmando que “algún día llegará la oportunidad de filosofar sobre este **combate sordo del pasado con el presente** i de manifestar los efectos de la lucha” (142 énfasis mío). Es de esta manera que Lastarria denuncia el mayor error que estaban perpetuando los intelectuales de la época al querer evadir la manera en que el pasado seguía infiltrado en el presente. Referirse a los héroes de la independencia hispanoamericana es un intento de rechazar que ese pasado todavía permeaba en las repúblicas. Para Lastarria, el presente es el pasado. La resistencia hacia el pasado que Bello muestra es la que lo lleva a argumentar que lo cometido por los españoles no fue nada extraordinario, sino característico en la relación de todo pueblo poderoso contra el débil (162). Es por ello que Bello también insiste que no se debe culpar a las naciones poderosas por los fracasos de las débiles, sino

a la naturaleza de sus hombres (164). Bello llega a afirmar que fueron las colonias, las cuales significaron un atraso para España y no lo contrario, como afirma Lastarria (164). Y si el gobierno de España fue uno de “trabas y privaciones” se debió al vasto imperio que ésta tenía que gobernar, de allí la arbitrariedad, la autoridad suprema y la indiferencia en la industria (165). Bello opta inclusive por argüir que la supuesta mezcla racial de la que habla Lastarria es irrelevante y que siempre la raza “transmigrante prevalecerá sobre la nativa” (167). Es por todo ello que Bello insiste que si el pueblo americano no había sido educado no era culpa de España, sino que eso era tarea que le tocaba a la misma América. La polémica entre Lastarria y Bello sobre la historia demuestra que a pesar de la insistencia de los críticos en que ésta radicaba en discrepancias sobre cómo escribir y enseñar la historia, el problema era mucho más complejo. En realidad la cuestión consistía en qué parte de esa historia se seleccionaba y se cuestionaba. Su disputa consistía en qué imagen del pasado colonial se intentaba rescatar, explicar, denunciar o ignorar.

Una de las metáforas a la que recurrieron consistentemente los intelectuales después de la guerra de la Independencia fue la del paso del ser humano de la infancia a la niñez. José Cecilio del Valle proclamaba que la Independencia equivalía a “la emancipación del hijo que llega a la edad viril, se va de la casa del padre y reconoce la beneficencia de darle educación y fuerzas” (251). Bolívar en la “Carta de Jamaica” hablaba de la “infancia permanente” que caracterizó a América bajo la Colonia (70). Esteban Echevarría argüía que los americanos “cansados de oírse llamar niños y ambicionar a ser hombres” decidieron luchar por la Independencia (101). El pasado colonial y la tutela de España como la etapa de infancia de América junto con la Independencia como la edad adulta de América, recalcan cómo el nacimiento/origen siempre está presente ya sea para rescatarlo o negarlo. Alberto Moreiras refiriéndose a la postmodernidad y el fenómeno de transculturación en América Latina apunta que “La transculturación lamenta la pérdida del original como fundamento metafísico, pero también se reconcilia con la pérdida misma interiorizándola, absorbiéndola, incorporándola”. En los ensayistas decimonónicos se destaca la misma problemática. La nueva identidad cultural siempre entabla su diálogo con el pasado que pretende dejar atrás.

EL MIEDO A LA FRAGMENTACIÓN NACIONAL. CONCLUSIONES FINALES

Wayne Davies observa que el miedo puede estar motivado por la aversión, la incertidumbre y el deseo que algo no suceda (289-90). Éste siempre motiva la prevención. En los escritos de Lastarria y Bello se observan estas

modalidades del miedo de las que habla Davies. Lastarria muestra su aversión hacia los resultados de la Independencia en el panorama cultural y político chileno, y su incertidumbre ante lo que depara el futuro. Su mirada al pasado colonial tiene como propósito el tratar de evitar un posible caos en el futuro de la república chilena. Por otra parte, Bello evade enfrentarse a ese pasado porque teme visualizar en él un espejo del presente. Su deseo que el curso de la nación no se interrumpa o su imagen no se manche, lo conduce a una exaltación de la conquista española y a una simplificación de la problemática racial. Su postura con relación a que en el futuro no habrá que hablar de razas mestizas constituye su mayor temor en reconocer los legados del pasado.

Carlos Alonso sostiene que el discurso cultural latinoamericano siempre ha existido como un estado permanente de crisis (*The Spanish American Regional Novel* 6-7). La identificación de la crisis cultural ha funcionado como elemento retórico, discurso operador que ha originado una variedad de textos (*The Spanish American Regional Novel* 6-7). Los ensayos de Lastarria y Bello muestran varias facetas de esa crisis cultural de la que habla Alonso en donde la constitución de la historia americana es articulada mediante contradicciones. No importa si el pasado se articula en términos genéticos (raza), históricos o sociopolíticos (nación) o culturales (grupos étnicos), siempre es producto de construcciones personales que esconden temores, pasiones y ambigüedades (Wallerstein, 78-9). La articulación del pasado funciona como un modo de persuadir a las personas para que actúen en el presente a la misma vez que busca mantener un tipo de solidaridad y establecimiento de la legitimación social (Wallerstein, 78). Es por ello que el pasado es tan valorado, temido y rescatado en la época decimonónica. Los ensayos de Bello y Lastarria son un ejemplo perfecto de cómo la historia es manipulada para satisfacer los proyectos que intentaban explicar la esencia de una cultura o la imagen de una identidad cultural que aspiraba a convertirse en eje de la nación para evitar así una posible fragmentación.

OBRAS CITADAS

- ADORNO, THEODOR. "The Essay as Form". *New German Critique* 32 (1984): 151-71.
- ALONSO, CARLOS. "Rama y sus retoños. Figuring the Nineteenth Century in Spanish AMÉRICA". *Revista de Estudios Hispánicos* 28 (1994): 283-92.
- , *The Spanish American Regional Novel. Modernity and Authoethony*. New York: Cambridge UP, 1990.
- ANDERSON, BENEDICT. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. 1983. London, New York: Verso, 1990.
- BALIBAR, ETIENNE, "The Nation Form: History and Ideology". *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. Eds. Etienne Balibar & Immanuel Wallerstein. London, New York: Verso, 1991, 86-106.

- BELLO, ANDRÉS. "Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile". *Temas de historia y geografía*. Caracas: La Casa de Bello, 1981. 155-73.
- BOLÍVAR, SIMÓN. "Carta de Jamaica". *Escritos políticos*. Madrid: Alianza, 1982. 61-84.
- BOURDIEU, PIERRE. *In Other Words. Essays Towards a Reflexive Sociology*. Stanford, California: Stanford UP, 1990.
- COLLINS, PATRICIA HILL. *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. New York: Routledge, 1991.
- ECHEVARRÍA, ESTEBAN. "Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas en el Salón Literario en septiembre de 1837". *Obras completas*. Ed. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1951. 98-109.
- FERNÁNDEZ, TEODOSIO. *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid: Taurus, 1990.
- FUCHSLOCHER ARANCIBIA, LUZ MARÍA. "Lastarria en la Universidad de Chile". *Estudios sobre José Victorino Lastarria*. Ed. Marino Pizarro Pizarro. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1988. 51-90.
- GONZÁLEZ, ANÍBAL. *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. New York: Cambridge UP, 1993.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO. "The Case of the Speaking Statue: Ariel and the Magisterial Rhetoric of the Latin American Essay". *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. 1985. Austin: U of Texas P, 1988.
- HALPERÍN DONGHI, TULLIO. *The Contemporary History of Latin America*. Trans. John Charles Chasteen. Durham and London: Duke UP, 1993.
- LASTARRIA, JOSÉ VICTORINO. "Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista i del sistema colonial de Chile". *Obras Completas de Don J.V. Lastarria, Estudios históricos*. Vol. VII Santiago de Chile: Imprenta, Litografía, Encuadernación Barcelona, 1909. 2-143.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991.
- RAMOS, JULIO. *Desencuentros con la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- RENAN, ERNEST. "What is a nation". *Nation and Narration*. Ed. Homi Bhabha. New York, London: Routledge, 1990. 8-22.
- RIPOLL, CARLOS. *Conciencia intelectual de América, Antología del ensayo hispanoamericano (1836-1959)*. New York: Las Américas, 1970.
- ROSE, GILLIAN. *Feminism and Geography. The Limits of Geographical Knowledge*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1993.
- SACOTO, ANTONIO. *El indio en el ensayo de la América española*. New York: Las Américas, 1971.
- , *Del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1988.
- SKIRIUS, JOHN. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Salesianos, 1981.
- VALLE, JOSÉ CECILIO DEL. "Diálogo de diversos muertos sobre la independencia de América". *Pensamiento político de la emancipación 1790-1825*. Ed. José Luis Romero. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. 248-51.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL. "The Construction of Peoplehood: Racism, Nationalism, Ethnicity": *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. Eds. Etienne Balibar & Immanuel Wallerstein. London, New York: Verso, 1991. 71-85.
- YOUNG, ROBERT J.C. *Colonial Desire. Hybridity in Theory, Culture and Race*. London, New York: Routledge, 1995.

ABSTRACT

El ensayo examina la revisión del pasado colonial que llevan a cabo dos de los ensayistas decimonónicos más destacados de su época: José Victorino Lastarria y Andrés Bello. Mi interés es explorar las contradicciones inherentes que se destacan en la articulación del proyecto nacional que persiguen ambos escritores. Debido a la escasez de estudios basados en el carácter crítico y la faceta persuasiva del género ensayístico, y su relación con los proyectos de formación nacional, creo que este ensayo podría aportar ideas sugerentes al campo de los estudios coloniales y decimonónicos.

This essay examines the revision work of the colonial past undertaken by two of the most distinguished essayists of the XIX Century, J.V. Lastarria and Andrés Bello. My chief concern is with exploring the inherent contradictions that stand out in the articulation of the national project proposed by both authors. In view of scarcity of studies relating of the critical character and persuasive intention of essay genre, i believe this essay can contribute significantly to the field of Colonial and Nineteenth Century studies.